

VENEZUELA EN LA ETAPA DE TRANSICIÓN: MODELO PRODUCTIVO, DESARROLLO ENDÓGENO E INTEGRACIÓN

Fausto Fernández Borge

Preámbulo

En los últimos tiempos se ha venido delineando más nítidamente la orientación ideológica de la revolución bolivariana, en lo cual el Presidente Chávez ha ejercido un rol eminente. Existían sí las premisas constitucionales¹, pero no se había indicado con toda claridad cuál era la “salida histórica” a la crisis larvada que acompaña al país prácticamente desde su advenimiento como entidad soberana, es decir, más explícitamente, la salida de cara a la extraversion y condición periférica permanente, fenómeno que no solamente ha determinado la evolución del aparato económico, sino que inclusive ha quebrantado gravemente nuestra identidad cultural. Las políticas de ajuste implementadas a finales de los 80, se inscribieron en la misma lógica de reforzamiento de la dependencia, pero esta vez proponiéndose sin tapujos el desmantelamiento de la Nación, ofreciendo al mejor postor empresas públicas clave, abriendo indiscriminadamente las barreras comerciales y financieras, reduciendo la acción estatal a su mínima expresión, e inhibiendo en consecuencia más aún su capacidad endógena de desarrollo.

El modelo productivo o de acumulación, definido como el régimen general que regula entre otras cosas la propiedad de los medios de producción en los distintos sectores, el paradigma tecnológico, la organización del trabajo, el nivel general de salarios; que define en suma la base material de la sociedad², ha funcionado en Venezuela y en los países dependientes en general como un agente retardador e involutivo que mantiene la desintegración y heterogeneidad económica y social, factor determinante del subdesarrollo. La época agro-exportadora, la sustitución de importaciones, la fase actual, consistente una vez más en “exportar o morir”, no han sido más que epifenómenos en nuestra perversa relación con los centros dominantes de poder. Se ha venido rescribiendo la misma historia. De ahí que el Presidente Chávez se vea en la necesidad de recordarnos que las llamadas luchas decimonónicas están vivas y que la plataforma bolivariana y martiana está vigente.

La “economía convencional” ha sido el gran factor de legitimación de esta situación de subdesarrollo e involución. Basándose en su pretendido carácter experimental, a pesar de no disponer “de protocolos análogos a los utilizados en las ciencias físicas, ni de campo autónomo aislado del resto de la sociedad” (Maris, 2003), la disciplina económica se ha impuesto como un marco normativo que nadie puede contestar. En realidad, las “demostraciones económicas” son reduccionistas, haciendo abstracción de la enorme cantidad de parámetros involucrados en la actividad económica. Muchos de los presupuestos teóricos de la economía son falsos, como por ejemplo los supuestos fundamentos psicológicos de la teoría neoclásica de las preferencias (Sapir, 2002), así como los conceptos de equilibrio, de eficacia de los mercados y de la racionalidad de los agentes.

¹ Que rigen básicamente el funcionamiento sincrónico de la sociedad, abordando sólo subsidiariamente -y ello es perfectamente comprensible, dada la función de una Constitución- la dimensión de la diacronía, donde se expresa lo teleológico.

² Un Modelo o Régimen de Acumulación define las características del peso relativo de cada sector en el proceso general de acumulación de la economía y una modalidad de articulación con las formas no capitalistas, cuando éstas desempeñan un papel determinante en la economía.

Ahora bien, si existe suficiente evidencia de que la capacidad de carga del planeta, considerado como un ecosistema integrado, ha sido superada entre 20% y 30%, y de que no es posible contemplar la generalización del “american way of life”³, sencillamente porque no existirían recursos suficientes, se impone entonces formular un modelo productivo radicalmente distinto, un modelo que sea viable y sostenible, y a la vez capaz de derrotar a la pobreza y garantizar de manera duradera un desarrollo humano aceptable para todos.

Si sabemos que no hay nada más insensato y simultáneamente falaz que los llamados mercados abiertos; que los intercambios pasan en realidad por canales preestablecidos y a precios previamente acordados; que 40% del comercio mundial es intra-firma (en contrario a las teorías tradicionales del comercio internacional); que solamente el 10% de las transacciones financieras están vinculadas a la producción de riqueza y que todas las demás son de carácter especulativo; que la dinámica monetaria escapa cada vez más al control político; que en realidad el pretendido librecambismo lo que ha hecho es depredar el planeta y perfeccionar las asimetrías; que el sistema financiero se ha convertido en un “huevo negro” que todo lo absorbe; se impone entonces formular un modelo productivo, racional y transparente, donde los intercambios respondan a las necesidades de los pueblos y no al imperativo del lucro, por el bien de todos y del planeta.

Esta desenfrenada carrera por generar transables no puede formar parte de la agenda bolivariana y socialista. No se puede apostar únicamente al crecimiento económico, el cual puede tornarse un monstruo ingobernable, capaz de generar desequilibrios de toda índole y en particular mayores desigualdades sociales. Aunque necesitamos crecer, ante el enorme déficit que registra el país en todos los campos, el solo incremento del PIB no puede ser la única evidencia del progreso alcanzado. Es cierto que el PIB refleja en alguna medida el estado de salud de una economía, su productividad y perspectivas de desarrollo futuro, pero es preciso aceptar que se trata de una vara de medir unidimensional, que en su ceguera mide lo bueno y lo malo, el incremento en la capacidad de producción (incluyendo la de bienes suntuarios), así como las “bajas” ocasionadas por el sistema (despilfarro de recursos, costo de muertes y enfermedades vinculadas a las condiciones de vida, contaminación, etc.).

Más generalmente, conviene tener presente que el proceso central y sustantivo del momento histórico en que nos corresponde vivir es la acumulación de capital a escala mundial, proceso dominando por sectores de la industria y las finanzas que convergen y se concentran cada vez más. Este es el núcleo duro de la problemática contemporánea, que polariza a las sociedades, que potencia al infinito la riqueza y el poder, constituyendo la plataforma desde donde se despliega el imperialismo. Ahora bien, tampoco hay que olvidar que la economía capitalista no existe sin un Estado; que no existe Estado transnacional; que la gran mayoría de los segmentos dominantes de la economía mundial están enraizados en los estados nacionales que conforman la tríada. Continúa existiendo un centro y una periferia (que representa 85% de la población mundial), más opuestas que nunca. Se trata de un “apartheid” a escala mundial (Amin, 2005);

³ Que permite a los estadounidenses, entre otras muchas cosas, degustar cada día alimentos que en promedio han viajado 5000 Km. antes de llegar a la mesa.

En los últimos cuarenta años se ha operado una reestructuración de la economía mundial, tanto en lo que atañe a la producción como al intercambio comercial. En efecto, hasta ese momento el comercio mundial había consistido generalmente en el intercambio del excedente nacional, siempre en función del grado de desarrollo del mercado interno y de la división del trabajo. En un contexto mundial asimétrico, signado por la existencia de un centro y una periferia, el intercambio tuvo lugar en una primera fase sobre todo entre bienes manufacturados y materias primas. Posteriormente, los países centrales invirtieron directamente sus capitales en la periferia para aprovechar el mercado interno y exportar los eventuales excedentes, tras lo cual el comercio manufacturero pasó a consistir esencialmente en el intercambio de productos terminados, presentándose como una relación entre naciones, vale decir, como una relación entre unidades productivas verticalmente integradas y autónomas, de suerte que las cadenas productivas, aguas arriba y aguas abajo, eran básicamente nacionales. La matriz de insumo-producto tenía un carácter nacional, mientras que hoy en día la tendencia es hacia la conformación de cadenas de valorización global. A nivel global, las actividades productivas se dispersan en el espacio, proceso impulsado no por los países sino por empresas transnacionales. El intercambio se realiza entre bienes y servicios intermedios.

En este marco, la importancia de los países y su margen de acción va a depender principalmente de la posición que ocupan en la cadena de valorización. Aquí entra en escena la maquila, como eslabón de las cadenas productivas globales, basado en la descomposición de procesos y la desverticalización de la empresa.

Modelo productivo

¿Cuáles son los principales cambios que deben producirse en la estructura productiva para iniciar un proceso de desarrollo, vale decir, de desarrollo autocentrado y desarrollo humano que prefigure el sistema socialista que aspiramos implantar?

Una de las principales justificaciones de los cambios de inspiración neoliberal que se produjeron en los años 80-90, era que Venezuela contaba con potencial para convertirse en un país exportador de manufacturas, dejando así de depender del petróleo. El país debía insertarse en los grandes ejes de la acumulación mundial, sin necesariamente detenerse a pensar sobre el carácter posible e inclusive deseable de tal operación, y menos aún sobre los intereses de los vastos conglomerados transnacionales, financieros e industriales que dominan el proceso de globalización.

Las luchas populares, capitalizadas y orientadas por el movimiento que se estructuró alrededor del Presidente Chávez, impidieron el “Gran viraje” impulsado por Carlos Andrés Pérez en su segundo mandato. En cualquier caso, con toda probabilidad la plena implantación de ese modelo exportador de manufacturas, habría potenciado los factores des-estructurantes que frenan el verdadero desarrollo, tal como ha ocurrido en México y la China, dos emblemáticas “success stories” que reseñamos a continuación.

En México las exportaciones manufactureras han aumentado aceleradamente en las dos últimas décadas, particularmente desde que ese país es miembro pleno del TLCAN; quintuplicaron entre 1990 y 2000, llegando a representar el 91,7% de las exportaciones totales. Ahora bien, el 54,7% de las exportaciones manufactureras mexicanas provienen de “maquiladoras”, responsables según reconocidos autores (Guillén, 2003) de la des-industrialización del país, toda vez que la economía maquilizada mantiene un lazo muy endeble con el mercado interno. El hecho es que la integración de México en el TLCAN ha provocado la ruptura de cadenas productivas construidas durante el proceso de sustitución de importaciones. La contrapartida ha sido la creación de nuevas cadenas productivas transnacionales alrededor del sector exportador⁴. No se trata de negar aquí la incidencia positiva de semejante modelo sobre el nivel de empleo, o su rol de catalizador de la innovación y la productividad en algunos casos, sino de demostrar con evidencia consistente que el mismo no es sostenible, política, social y económicamente hablando, pues no resuelve el problema estructural de la desigualdad y la ausencia consiguiente de integración social, que es precisamente el cemento de todo proceso de desarrollo.

En el caso mexicano, el TLAN ha acentuado la heterogeneidad estructural del sistema productivo y de la estructura social. Ello ha provocado procesos de marginalidad, exclusión y descomposición social, e inclusive de desintegración cultural. Los desequilibrios regionales son ahora más marcados: el norte “rico” se ha separado más aún de un sur “pobre”, aislado por efecto de la integración globalizante (Guillén, 2003).

El avance técnico alcanzado en el sector exportador no se transmite al conjunto del sistema productivo, lo que impide la constitución de una base endógena de acumulación. Se ha operado en México un retorno a las condiciones que prevalecían en el marco del modelo agro-exportador, cuyo sector dinámico no estaba orgánicamente conectado a la economía nacional. La consecuencia es una mayor dependencia de las importaciones. El coeficiente de importaciones pasó de 8% en 1988 a 27,4% en el año 2000. Más allá, la dependencia del mercado estadounidense es total, pues más de una cuarta parte del consumo nacional está representado por bienes y servicios provenientes de los EEUU. En virtud de que el modelo no ha resuelto el problema del desequilibrio exterior, el mismo se torna espontáneamente tributario del capital extranjero, hecho que como se sabe potencia los factores de inestabilidad.

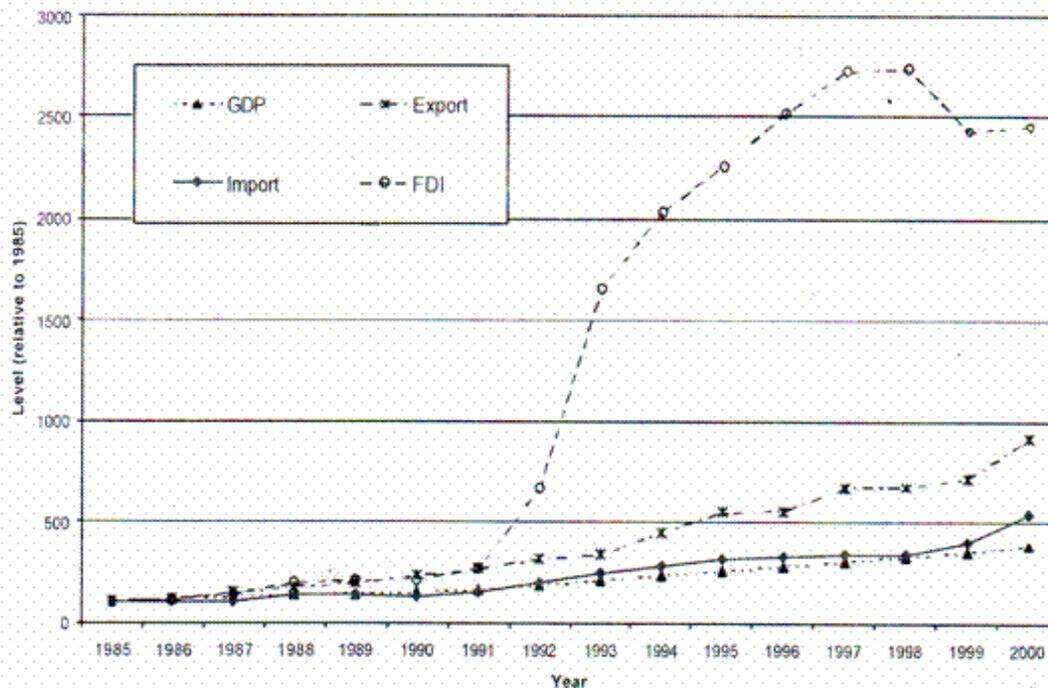
La China está por su parte confrontada a una crítica situación, no solamente en el plano económico, sino también en lo social. El caso chino merece especial atención, no solamente en razón del protagonismo económico de China en la actualidad, sino también por el hecho de que para muchos ha llegado a representar un paradigma susceptible de ser imitado. Su éxito económico está afincado en el desarrollo de las Zonas Económicas Especiales costeras, principales receptoras además de la Inversión Extranjera Directa (IED). Desde luego, estos polos de desarrollo mantienen relaciones con el interior de país, conforme a una dinámica de especialización tecnológica y espacial, incorporándolas en grados diversos en las cadenas de valor de las diferentes ramas de la economía, pero generando al mismo

⁴ Mediante el TLCAN, la estructura de precios relativos de la economía estadounidense se impuso en el mercado mexicano, provocando numerosas distorsiones, pues la misma no guarda relación con niveles inferiores de desarrollo. El caso de la agricultura ilustra esta situación, ya que la introducción de semillas procedentes de EEUU y Canadá provocó la ruina de muchos campesinos y la consiguiente emigración hacia el norte del país.

tiempo mayores disparidades territoriales. Efectivamente, el gran problema que confronta China actualmente es precisamente su desarrollo asimétrico. Las profundas desigualdades de China en los patrones de desarrollo regional y de apertura económica, conforman una economía dual, tanto en términos de crecimiento, como de relaciones con el resto del mundo.



Chart 1. Growth of GDP, Export and Import in China: 1985-2000



En China se está produciendo un proceso comparable a la acumulación primitiva descrita por Marx en *El Capital*. En efecto, en Inglaterra las “enclosures” permitieron expulsar a los siervos de la tierra que por siglos habían poseído, obligándolos a conformar el “Ejército de Reserva” al servicio del capitalismo naciente, mientras que en China es el desmantelamiento de las Comunas y de los servicios rurales de salud (recordemos a los famosos “médicos descalzos”), el factor que incita a los campesinos a venderse en masa al nuevo capitalismo chino. Con la mano de obra más barata del mundo (1 EUAS) después de la India (0,70 EUAS), China no solamente ha llevado la explotación a una escala insospechada, sino que ha generado cambios en la estructura productiva de sus principales socios comerciales, al tiempo que ha aumentado su dependencia de las exportaciones de la IED y de las importaciones necesarias para reproducir el ciclo económico.

El gran problema de China es que un porcentaje cada vez más mayor de las exportaciones es realizado por empresas extranjeras, habiendo pasado globalmente de 17% en 1990 a 55% en 2003. 73% y 85%, respectivamente, de las exportaciones de maquinaria industrial y de alta tecnología son realizadas por empresas extranjeras, principalmente estadounidenses. Este es el patrón en casi todos los rubros dinámicos de exportación (en el caso de las computadoras el porcentaje es de 92%). Las empresas extranjeras tienden igualmente a dominar el mercado interno, desplazando inclusive a las empresas chinas más

⁵ Wu Yanrui, “Export potential and its determinants among Chinese regions”, ponencia presentada en la 4ta Conferencia Internacional sobre la Economía China, 2003. (<http://www.cerdi.org/colloque/IDREC2003/YanruiWu.pdf>)

competitivas. Ello ha contribuido a fortalecer tanto las políticas anti-obreras como la dependencia respecto de la capacidad importadora de los EEUU, ha provocado por otra parte cambios en las prioridades productivas a favor de los bienes y servicios de lujo exigidos por la clase media alta y la pequeña minoría de super millonarios y ha desatado una ola especulativa en materia de propiedad inmobiliaria comercial o residencial.

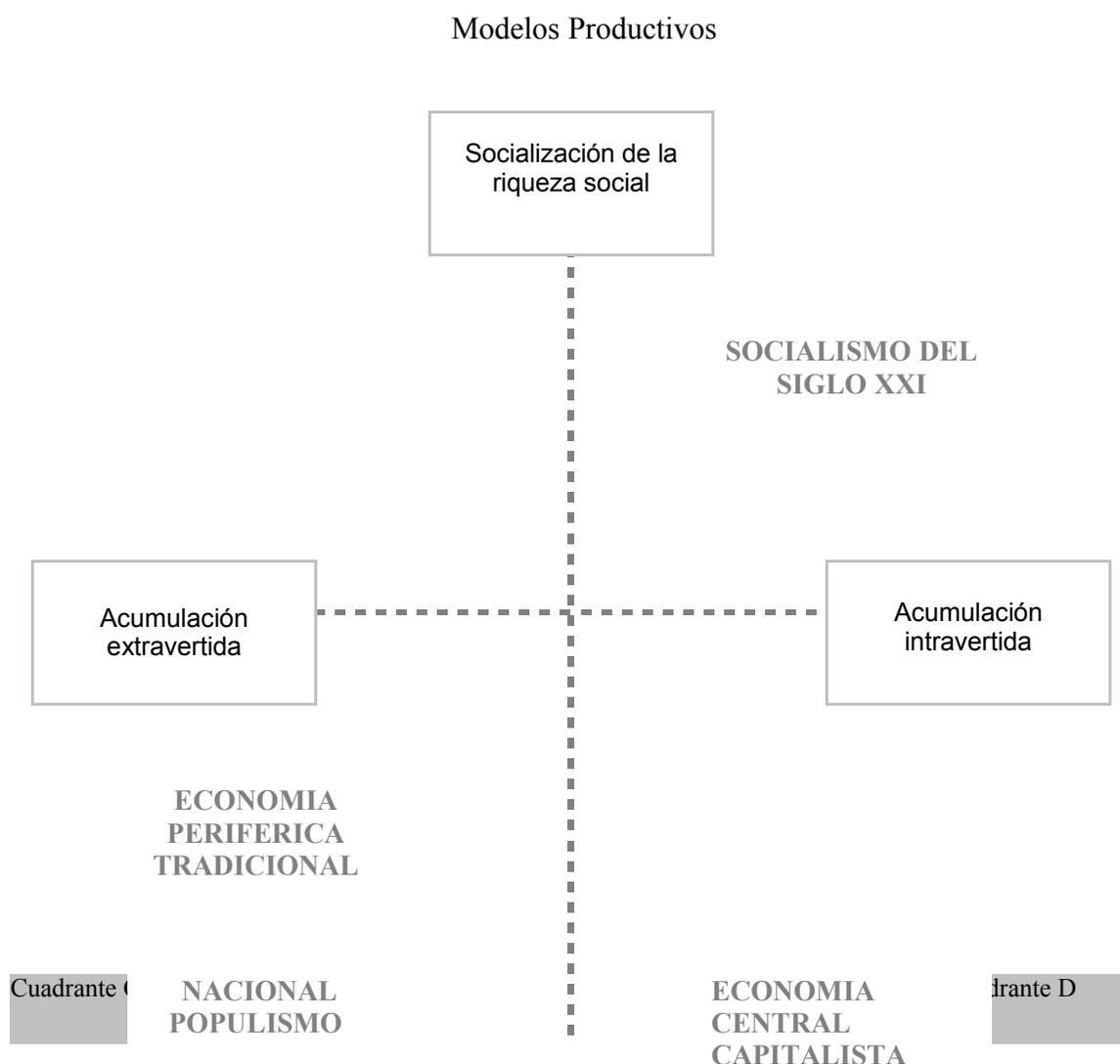
No se puede celebrar lo que está pasando en China, y menos aún pretender seguir sus pasos. Conviene saber que la introducción del capitalismo en gran escala en China ha ocasionado el deterioro de los servicios de salud, vivienda, educación, seguro social, etc. En el año 2000 la mortalidad infantil en China era de 35 por mil, superior a la de Filipinas, un país que uno supondría socialmente rezagado respecto de la China. Asimismo, la esperanza de vida se ha estancado en 71 años, cuando solamente entre 1949 y 1980 pasó de 35 a 65 años. China abrió prematuramente su economía a la competencia extranjera en comparación con Japón y Corea del Sur, países que ejercen un control mayoritario sobre sus exportaciones, sus respectivos mercados internos y la tecnología. Su ingreso en la OMC le impedirá en todo caso tomar medidas proteccionistas a estas alturas.

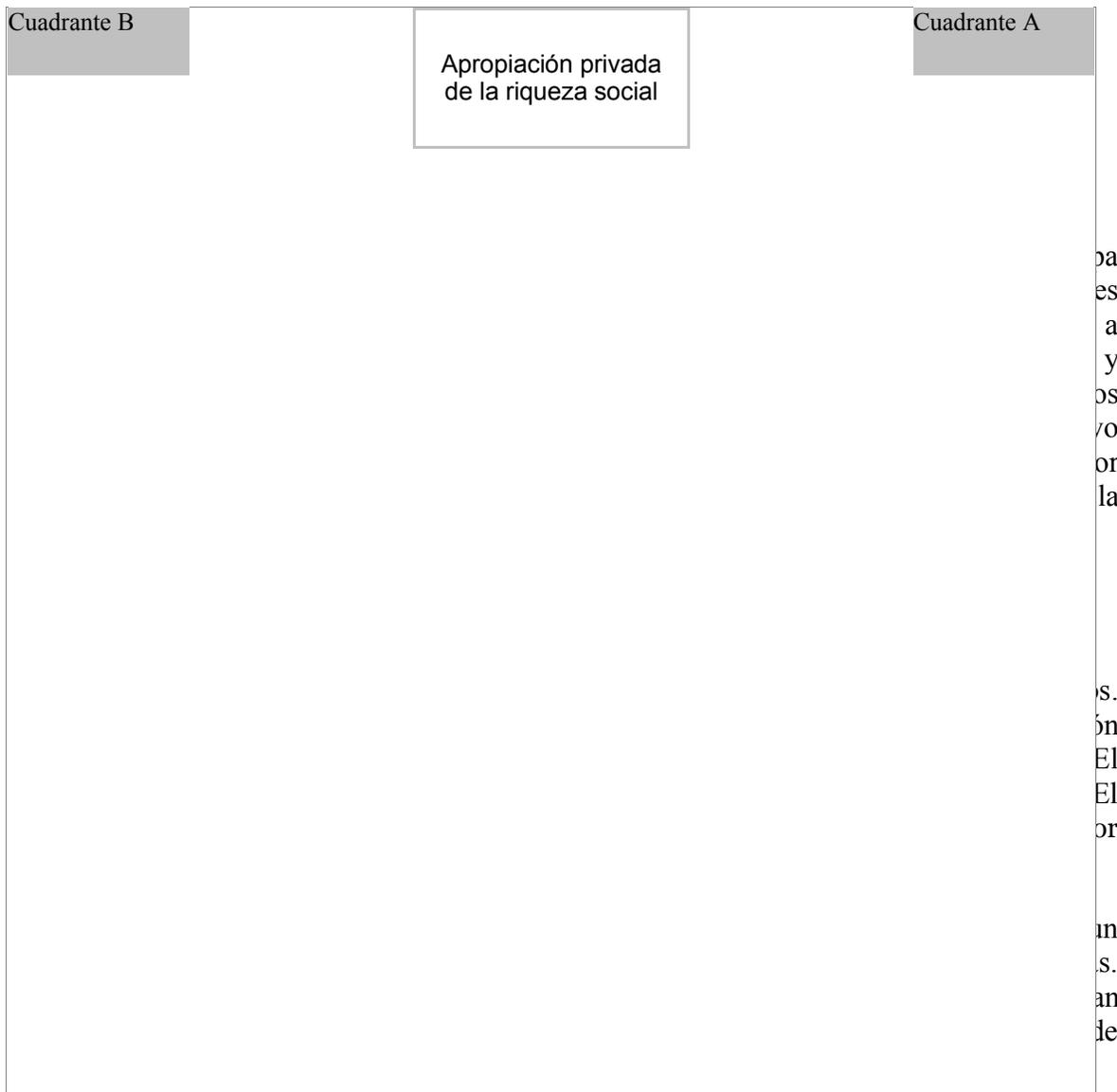
El programa de transición hacia el Socialismo del Siglo XXI que impulsa el Gobierno Nacional se propone generalizar la producción social, itinerario diametralmente opuesto a la generalización de las relaciones capitalistas de producción implícita en el modelo chino. El modelo venezolano es democrático, igualitario, subordinado al poder popular, único garante de que no se produzcan desviaciones y retrocesos. El modelo chino es insostenible, dependiente de 50 millardos de dólares anuales de inversión extranjera y de las exportaciones. La burbuja inmobiliaria en las grandes ciudades industriales y el mal estado en que se encuentra el sistema financiero representan dos factores adicionales de riesgo. Incluso economistas “convencionales” opinan que la crisis en China es inevitable.

El modelo productivo propuesto por el Gobierno Bolivariano se estructura y organiza alrededor del concepto de desarrollo endógeno. Se trata de aplicar políticas originales e innovadoras que propicien simultáneamente una acumulación más intensiva e intravertida y una tendencia hacia la socialización de la riqueza social. Definitivamente, no está basado en las funestas recetas del FMI y el BM, que reducen la posibilidad de una acumulación sostenible al grado de apertura comercial y financiera, de extensión de la propiedad privada a través de la privatización de servicios públicos y demás activos del Estado, al tamaño del Estado, al nivel de inflación. Ahora se sabe que la aplicación de tales recetas impidió que continuara mejorando el aumento de la productividad y el desarrollo tecnológico.

El cambio de modelo productivo constituye un proceso, durante el cual la acumulación de tipo capitalista coexistirá con las distintas formas de economía social que el Gobierno Bolivariano está fomentando, es decir, asociaciones, cooperativas, mutuales, economía informal, formas de cogestión, autogestión y propiedad estatal, así como con los monopolios naturales bajo control estatal. En todo caso, la acumulación seguiría estando basada en la división del trabajo, razón por la cual el mercado, un mercado dotado del sentido de la vista por el Estado (en nombre de la Sociedad), debe continuar funcionando como espacio de intercambio, aunque quizá no necesariamente sobre la base del intercambio mercantil (M. Décaillot, 1999)¹. El mercado es un mecanismo, entre otros, de asignación, que el Estado debe llevar de la mano e informar permanentemente.

Para caracterizar mejor el modelo propuesto, se puede construir una tipología cruzando dos ejes fundamentales. Estos ejes vendrían a ser grandes coordenadas, para situar en el espacio-tiempo el modelo productivo. El primero corresponde a un *continuum* a lo largo del cual la economía nacional pasa de la condición de extrovertida a la condición de intravertida. El régimen de acumulación extrovertido se caracteriza por su estrategia de acumulación primaria que está dirigida hacia afuera (por ejemplo, aprovechamiento de mercados de ultramar). La acumulación introvertida como contraposición se orienta hacia el mercado interno y los productores nacionales. A lo largo del segundo eje se oponen, por una parte, la apropiación privada de la riqueza social y, por la otra, la socialización de la misma. Al intersectar en ángulo recto ambos ejes, se obtienen cuatro modelos posibles de acumulación:





Un estudio reciente de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, siglas en inglés) arroja evidencia contundente mostrando que la reforma y liberalización económica ocurrida en América Latina a partir de los años 80 indujo una reorientación del sector industrial de conformidad con las ventajas comparativas estáticas, exceptuando industrias que habían alcanzado cierto grado de madurez (como fue el caso de la industria aeroespacial brasileña). Así, el incremento de las exportaciones se ha producido sobretudo en industrias básicas, en las fases intensivas en trabajo de la producción, así como en las operaciones de ensamblaje, incluyendo la industria automovilística. Cabe destacar que un gran número de industrias pertenecientes a los sectores dinámicos durante la sustitución de importaciones continuaron dando muestras de dinamismo en términos de producción, exportación e inversión. Según dicho estudio⁶, los programas de ajuste

⁶ Shafaeddin, S.M. Trade Liberalization and economic reform in developing countries: structural change or de-industrialization? El autor pertenece a la Division de Estrategia de Globalización y Desarrollo de la UNCTAD.

diseñados por los organismos financieros multilaterales tampoco estimularon la inversión privada, sobretudo en el sector manufacturero.

Contrariamente a lo ocurrido en los llamados “tigres asiáticos”, donde la apertura se produjo de manera gradual y selectiva, en el marco de una política industrial de largo plazo y tras haber alcanzado un cierto nivel de industrialización y desarrollo, en América Latina las reformas fueron brutales, provocando rupturas en la estructura misma de la formación social. El referido estudio no niega el rol del comercio exterior como catalizador del proceso de industrialización, pero sin embargo demuestra fehacientemente que las prescripciones del “Consenso de Washington” condujeron a una destrucción, no precisamente creativa, en el sentido schumpeteriano, de la industria latinoamericana.

De acuerdo a la filosofía que fundamentaba el programa de reforma, el rol del gobierno en la toma de decisiones en materia de asignación de recursos debía ser minimizado. Asimismo, era necesario cambiar la estructura de incentivos para favorecer las exportaciones mediante la liberalización de importaciones; para seguir la senda de la promoción de exportaciones, en lugar de la tradicional sustitución de importaciones. Se argüía que los agentes privados, guiados por la acción de las fuerzas del mercado, estaban mejor facultados para lograr los objetivos de crecimiento y diversificación de las exportaciones y la estructura productiva a favor de los bienes manufacturados. Tales objetivos serían alcanzados a través de la expansión de la inversión, una mejor canalización de recursos y asignación del gasto de inversión al sector productivo. El cambio en la estructura de incentivos, no solamente conduciría al crecimiento y diversificación, sino también al mejoramiento de la estructura productiva, facilitado por la importación de tecnología y la elevación de la calificación que genera el comercio (Shafaeddin, 2005).

Los programas de ajuste promovidos por los organismos financieros multilaterales omitieron mencionar que la estructura industrial de países tales como Japón, Corea del Sur y Taiwán, no evolucionó en función de las fuerzas del mercado, resultando más bien de intervenciones selectivas y cuidadosamente diseñadas. Las economías asiáticas más dinámicas iniciaron sus respectivos procesos de industrialización con base en políticas proteccionistas: a mediados de los 80 el arancel surcoreano para bienes de consumo e industriales era de 135% (Arndt, 1987). Esta fue precisamente la estrategia industrial adoptada por EEUU y Alemania a finales del siglo XIX, aplicando altos aranceles, que ayudaron entre otras cosas a proteger sus economías de la competencia de la eficiente economía británica.

La orientación hacia el exterior impidió, en el caso latinoamericano, que se consolidara la base industrial surgida de la sustitución de importaciones:

Con algunas excepciones, se ha producido una gran regresión, en lugar de un mejoramiento, en la estructura de la producción y de las exportaciones de los países de América Latina. Con respecto a la estructura productiva, ha habido un giro significativo en las dos últimas décadas a favor de algunos bienes no transables, industrias basadas en la explotación de recursos naturales y procesamiento de alimentos. Las operaciones de ensamblaje en la industria electrónica y automotriz han crecido rápidamente, en algunos países, principalmente a través de las compañías

multinacionales. Al contrario, las industrias intensivas en trabajo (exceptuando las operaciones de ensamblaje en los productos electrónicos), los sectores intensivos en ingeniería e Investigación y Desarrollo productores de bienes de capital, así como químicos finos e instrumentos científicos, han disminuido en la mayoría de los países (Benavente et al. 1997b, Katz y Vera 1997, Katz 2000⁹). La expansión relativa de los bienes no transables y la declinación de bienes intensivos en trabajo contradice las tesis de los promotores del “Consenso de Washington”, en el sentido de que la liberalización supuestamente favorecería los bienes transables (Shafaeddin, 2005).

El impacto del ajuste estructural ha sido en general, no sólo en Latinoamérica, negativo, habiendo generado des-industrialización, a pesar del incremento registrado en algunos países en la exportación de bienes manufacturados. Chile, que es citado como ejemplo de dinamismo exportador, tras 25 años de reforma económica y liberalización, continúa siendo un exportador de productos primarios (81%) que tampoco ha mejorado su estructura productiva, recurriendo más bien a la expansión para mantener un alto crecimiento. En el caso del cobre, que representa la mayor parte de las exportaciones, la proporción de productos refinados disminuyó, mientras aumentó la de concentrados primarios (Palma, 2002).

Brasil constituye un caso aparte en Latinoamérica, ya que cuenta con una industria aeroespacial de gran envergadura y competitiva. Creada en 1945 por iniciativa del Estado, que la apoyó y protegió diligentemente a través de incentivos fiscales, asignaciones presupuestarias, recursos financieros, compras, etc., tuvo que enfrentar serios problemas a mediados de los 90, cuando fue privatizada. Pudo salir airoso del desafío que representaba la liberalización y la competencia internacional porque era una industria madura, que sólo fue necesario reestructurar y modernizar parcialmente para establecerla sólidamente como uno de los líderes mundial en la producción de aviones. Las exportaciones pasaron de 182 millones de dólares en 1995 a 2,7 millardos de dólares en el año 2000. Sin embargo, en otras ramas, con menos fortalezas, el desempeño brasileño fue mediocre.

El desarrollo endógeno no será posible sin la implementación de políticas voluntaristas que contradigan la lógica unilateral de la expansión capitalista, que Samir Amin denomina más exactamente “Políticas antisistémicas de desconexión”. Cabe señalar que desde la perspectiva de Amin la desconexión propuesta no tiene nada que ver con la autarquía o el aislacionismo. En realidad, desconectarse implica subordinar las relaciones con el exterior a las prioridades internas de desarrollo. Este concepto es antagónico al propuesto por el “Consenso de Washington”, que propone más bien ajustarse o adaptarse a las tendencias mundialmente dominantes y que terminan representando para los más débiles un fortalecimiento de su condición periférica. Desconectarse significa convertirse en un agente activo que contribuye a moldear la mundialización, obligando a ésta a ajustarse a las exigencias del desarrollo propio; significa ensanchar sus márgenes de independencia respecto del sistema mundial imperialista y específicamente de Estados Unidos (Amin, 2002).

El modelo capitalista dominante a escala mundial es un sistema que produce y reproduce en escala ampliada una polarización mundial entre centros y periferias, generando contradicciones que el mercado no puede resolver. Venezuela es periférica y su evolución histórica sólo puede reorientarse si rompe con las relaciones que ha mantenido con el

centro.

Se trata, como dice Amin, de controlar el proceso de acumulación, mediante: 1) el control local de la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que implica la modernización de la agricultura. Las políticas de seguridad alimentaria adelantadas por el gobierno apuntan en tal dirección; 2) el control local de la centralización del excedente, logrado en cierta medida a través del control cambiario, del mejoramiento de la recaudación interna y del fortalecimiento de las instituciones financieras del Estado; 3) el control local del mercado, tema sobre el cual será necesario generar un amplio debate, sobre todo tras la adhesión plena de Venezuela a MERCOSUR; 4) el control de los recursos naturales, objetivo sólo parcialmente logrado, en virtud de la fuerte presencia de las transnacionales en la industria petrolera y del gas; 5) el control local de las tecnologías, bien sea nacionales o importadas, materia en la cual el país debe ser consistente, incrementando los recursos asignados a Investigación y Desarrollo. El Estado debe asumir su rol dirigente a fin de que estos cinco elementos concurren a un desarrollo autocentrado, en alianza con el sujeto histórico que conduce de manera eminente el proceso revolucionario, vale decir, el movimiento social de vastas proporciones que se ha conformado en torno al liderazgo del Presidente Chávez, que ya no solamente agrupa a las clases trabajadoras, sino a una buena fracción de la clase media.

La vocación industrial de Venezuela debe focalizarse principalmente en áreas en las cuales el país disponga de claras ventajas comparativas y competitivas, procurando agregar cada día más valor a los bienes y servicios producidos. Debe asimismo incursionar en áreas nuevas o emergentes, en las cuales resulte posible lograr una integración vertical de la cadena productiva. Para que estos nuevos desarrollos cristalicen en industrias viables será necesario planificar estratégicamente su evolución futura, estableciendo tempranamente sólidas alianzas con los proveedores de tecnología y en particular con los países dispuestos a profundizar sus relaciones de complementariedad con Venezuela en el campo industrial.

- Minería
- Petróleo
- Siderurgia y Metalurgia
- Turismo
- Agroindustria
- Química y Petroquímica
- Biotecnologías
- Energías renovables
- Motores
- Informática
- Industrias culturales: Cine, Televisión, Edición

Integración

Una de las orientaciones estratégicas del Gobierno Bolivariano es la integración, en especial con los países hermanos de América Latina, en un marco de igualdad y preservando nuestra

soberanía. La referencia de mayor proyección y actualidad es el ALBA, que propone una integración no asimétrica, no basada en principios mercantiles y en el darwinismo social, que aventaja a los países más competitivos, inhibiendo las capacidades y potencial de aquellos cuyos productos están por debajo de los “estándares internacionales”. Desde la perspectiva del ALBA, la verdadera integración no consiste únicamente en incrementar y acelerar los flujos económicos, sino en la movilización de los ciudadanos en pos de un proyecto y un destino comunes.

Los distintos mecanismos de integración aplicados en América Latina se inspiran de alguna manera del proceso de integración europeo, utilizando la economía como plataforma e invadiendo progresivamente otros ámbitos de la vida. La médula del proceso es la economía, no la política. Llevan todos el estigma del neoliberalismo. El Presidente Chávez ha dicho repetidamente que la integración planteada se propone crear zonas libres de obstáculos a la actividad económica y comercial, pero no libres de pobreza y exclusión. Trátese de la CAN, de la IIRSA o de MERCOSUR, la idea que subyace a todas esas fórmulas asociativas es que la integración es asunto exclusivo de gobiernos, cuya misión central es apoyar las iniciativas del sector privado. Conforme a ese esquema, al gobierno corresponde la provisión de servicios de infraestructura, agua, saneamiento, energía, telecomunicaciones, servicios sociales, administrativos, etc., mientras que los empresarios privados, considerados como el único estamento social capaz de promover nuevas oportunidades de desarrollo económico, asumen *de facto* la dirección de la sociedad. Se supone que a ellos incumbe la misión de cohesionar la sociedad organizando la producción y la distribución a través del mercado.

Según la lógica que preside la integración en su versión actual, el nervio de la misma deber ser la competencia. No se habla del desarrollo endógeno de América Latina, sino de competitividad, ventajas comparativas, integración a la globalización, etc. Tales ideas, aún siendo importantes, no son compatibles con las ideas-fuerza que animan al socialismo venezolano. La lógica actual de la integración es productivista, busca potenciar los espacios de mayor dinamismo en América Latina, independientemente de que su crecimiento termine acompañando diligentemente a las fuerzas que hoy dominan la economía mundial, sin alterar la naturaleza y sentido de los flujos que la atraviesan y determinan la existencia de relaciones de dependencia entre centro y periferia. La integración que está en el tapete no subvierte las relaciones que han existido tradicionalmente con los países de la Tríada, no impide que se profundice la extracción de recursos de todo tipo de América Latina.

Así descrita, la integración no se asemeja en lo absoluto a una iniciativa de los pueblos: no participan actores sociales e institucionales relevantes, tales como los parlamentos nacionales, los partidos políticos, los gremios, las comunidades organizadas, etc. En realidad, la integración está bajo la dirección de un grupo de empresarios, banqueros, burócratas y consultores, no sujetos al escrutinio de ninguna instancia contralora, y menos aun de la sociedad en su conjunto.

¿Cuáles son los planes y proyectos que más convienen al desarrollo e integración latinoamericana? En ese sentido, es necesario definir una estrategia clara, de manera que la

Sociedad pueda ejercer efectivamente su función contralora y reguladora del Estado. La Iniciativa de Integración de la Infraestructura Regional Suramericana (IIRSA) se propone crear la base necesaria para la integración, facilitando los intercambios comerciales mediante obras de infraestructura. La historia ha demostrado ampliamente que los grandes proyectos de infraestructura no necesariamente benefician a las comunidades situadas en su entorno. ¿Cómo asegurar que las zonas fronterizas no se conviertan en meros espectadores de los flujos que las recorren, que puedan capitalizar verdaderamente su condición de área de integración? ¿Qué necesitan las zonas fronterizas, que se intensifiquen los intercambios comerciales, o que más bien se incremente significativamente la capacidad de la población de la frontera, instaurando unos estándares mínimos en lo que a provisión de servicios públicos se refiere?

La integración debe contribuir a activar el potencial de desarrollo endógeno. Ello implica que la misma no debe estar basada en la competencia sino en la complementariedad, ni tampoco estar sometida a los entes multilaterales, empresas transnacionales, capital financiero, etc. La integración supone que los pueblos son su esencia y fuerza motriz. Supone también la creación de un espacio público latinoamericano, la emergencia de una cultura política común, la posibilidad de que los pueblos y no solamente los hombres de negocios incidan de manera decisiva en su orientación y desarrollo.

De cualquier manera, es evidente que el desarrollo latinoamericano depende estrechamente del proceso de integración. Una integración entre pueblos hermanos que deben tejer lazos distintos entre sí. Se trata de generar una nueva geografía económica latinoamericana. Una nueva división del trabajo a escala latinoamericana que combine con criterio endógeno los medios de producción, el conocimiento, la tecnología y el trabajo, que actúe como fuerza determinante de la productividad, que apunte a un desarrollo hacia adentro y no a un crecimiento hacia afuera.

Fausto Fernández Borge
Abril 2006

Referencias bibliográficas

- Samir Amin, *Capitalismo, imperialismo, mundialización* (2002)
- Arturo Guillén Romo, *México frente a la mundialización neoliberal* (2003)
- Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett, *China and Socialism, Engaging the Issues*, Critical Asian Studies (2005)
- Albert Hu y Robert Owen, *Gravitation at Home and Abroad: Openness and Imbalanced Regional Growth in China* (2004)
- Pao-yu Ching, *Mao's legacy in China's current development* (2005)
- Shafaeddin, S.M. *Trade Liberalization and economic reform in developing countries: structural change or de-industrialization?* (2005)
- Maurice Décaillot, *Au-delà du marché*, Ed. La Dispute, Paris (1999)
- Maris, Bernard, "Mort de l'économie, triomphe du libéralisme", en: *En Alternatives Economiques*. N° 212. mars 2003
- Sapir, Jacques, *Les économistes contre la démocratie*, Paris, Ed. Albin Michel, 2002

